



EN LA MUERTE DE MIGUEL ANGEL ASTURIAS

A los setenta y cinco años, y en Madrid, donde apareciera hace más de cuarenta su primer libro, acaba de morir Miguel Ángel Asturias, escritor guatemalteco, Premio Nobel de Literatura en 1967.

Con la explosión del «boom» latinoamericano (así llamado, por lo menos), su nombre, junto al de otros grandes escritores de lengua española nacidos al otro lado del océano, quedó un poco en segundo término. Su obra fue tildada, en definitiva, de esteticista, ya que no puede tener otro sentido el hecho de que se reputaran como falsos y prefabricados los presupuestos éticos y estéticos en que se basaba. Sin embargo, como decía Gabriela Mistral a propósito de su novela más famosa, *El señor Presidente*, «esta misteriosa Guatemala del indio puro y además intacto trae a nuestra hipocresía (llamada por algunos patriotismo) esta obra fenomenal que no va a pasar; es una cura, una purga, un menester casi penitencial». Hay que tener presente que la formación intelectual de Miguel Ángel Asturias tenía tanta ciencia como humanidades. Inició estudios de Medicina, que pronto cambió por los de leyes. Su tesis doctoral tuvo un título significativo, que señala inequívocamente la pasión ética que habría de alentar en toda su obra literaria, de su primer a su último libro: *El problema social del indio*. Amplió estudios en París, de antropología exactamente. Colaboró con el profesor Raynaud en la traducción del código maya *Popol Vuh*. Añadamos a esto su propio origen: padre con sangre mestiza; madre india maya. Asturias dirá de sí mismo: «Yo soy mestizo. Esto no significa que quisiera renegar ni de una sola gota de mi sangre india o que no esté orgulloso de ella. Por el contrario, puede es-

tarse orgulloso de saber que por las venas de uno corre mucha sangre india. Nuestros indígenas no han de avergonzarse de su pasado».

La obra de Miguel Ángel Asturias incorpora a la literatura un necesario —si no imprescindible— conocimiento científico e histórico de la materia tratada. La difícil supervivencia de una cultura aherrojada y oscurecida por la fuerza de otra supuestamente más fuerte es el tema casi único de los relatos y novelas de Asturias. El indio es el portador, inconsciente si se quiere, de un pasado ancestral que da carácter unívoco a una determinada actitud ante el mundo y sus misterios. El «realismo mágico» de Asturias estaba, pues, matizado siempre por la pasión y el compromiso frente a los graves problemas políticos por los que atravesó su país. Con esta pasión y compromiso creó sus personajes, por más que se basara firmemente en elementos y conocimientos antropológicos. Y los creó porque, por encima de cualquier debilidad folklórica o costumbrista que pudiera detectarse en su obra, aparecía «su fuerza estilística, análoga a la de un Quevedo moderno, para quien toda palabra exprime su último sentido semántico o metafórico», dicho sea con palabras de Mariano Picón Salas.

La perfecta simbiosis lograda entre el conocimiento de la realidad, no a la manera naturalista, sino más bien surrealista, y la intuición mágica de los viejos hechiceros, brujos o sabios mayas, es seguramente el logro más importante de la obra literaria de Miguel Ángel Asturias. Un logro que, en definitiva, sobrevivirá la particular peripecia vital del escritor, que en los últimos años de su vida parecía no ser convergente con su credo estético. ■ MARTÍN VILUMARA.

MEQUINENZA

NUEVAS PERSPECTIVAS

Una inesperada decisión del ministro de Obras Públicas, formulada a través de la Comisaría de Aguas del Ebro, ha venido a modificar las relaciones entre los habitantes del pueblo de Mequinenza y la empresa ENHER. El Ministerio se ha negado a reconocer el acuerdo firmado por el Ayuntamiento de Mequinenza el 22 de julio de 1971 con la empresa, que constituía un finiquito de las obligaciones contraídas anteriormente por la Compañía Hidroeléctrica del Ribagorza para con el pueblo de Mequinenza.

La historia de Mequinenza es larga y apenas es posible de resumirla en unas breves líneas. Remito al lector a un trabajo que yo mismo publiqué el año pasado en estas páginas. Han pasado diecisiete años desde la construcción de la presa que, por estar hecha sobre terrenos carboníferos muy débiles —recuérdense los famosos lignitos de Mequinenza—, tuvo que ser objeto de constantes «remiendos». Las prisas por llenar la que se consideraba la «presa mayor de Europa» antes de que estuviera en condiciones de seguridad, provocó la expulsión de uno de los Ingenieros proyectistas, que había manifestado su alarma ante la decisión de la dirección. El Ingeniero recurrió y el Tribunal Supremo falló en su favor. En 1967 se produjo una gravísima infiltración en el estribo derecho de la presa, llegando el peligro a tal extremo que la fuerza pública se puso en estado de alerta para prever la evacuación de Tortosa, Amposta y otras poblaciones del Bajo Ebro. Se hizo entonces famosa la pancarta que se vio en una de las manifestaciones organizadas en los pueblos del Bajo Ebro por este motivo: «Ave Enher, los que van a morir te saludan».

El acuerdo que acaba de rechazar el ministro de Obras Públicas fue firmado por el Ayuntamiento de Mequinenza, presidido desde hace catorce años del mismo alcalde, el señor Rodes Caballé, y en él se liberaba a la empresa de realizar una serie de obras de instalaciones y de servicios, así como creación de nuevos regadíos a que se había comprometido por el acuerdo llamado «Solución 2», aprobado por los vecinos en febrero de 1969. La empresa se obligaba a dar una indemnización de 50.000 pesetas por persona, a pagar el justiprecio de los edificios expropiados en el viejo pueblo, que sería cubierto por las aguas de la presa de Ribarroja y a hacerse cargo de todos los servicios necesarios para la existencia de una población, tales como escuelas, piscinas, centros de diversión, etcétera. Y también a reponer los puestos de trabajo que el pueblo perdió al inundarse parte de sus tierras. Se estipulaban igualmente tipos muy bajos de interés para los préstamos solicitados por los vecinos para la construcción de viviendas en el poblado de nueva planta construido a unos dos kilómetros de la vieja Mequinenza.

El acuerdo del 71, firmado por el alcalde sin consultar con los vecinos, exoneraba a la empresa de todas estas obligaciones a cambio de un pago de unos quince millones de pesetas en concepto de compra de las calles del viejo pueblo. Un caso ilustrativo de la forma de proceder de la Enher, en colaboración con el alcalde sin consultar con el pueblo de Mequinenza, lo ofrece la adquisición, por parte de la empresa, de los magníficos edificios de piedra, construidos en 1927 con destino a las escuelas, por cuatro millones de pesetas, y a cambio de unos barracos prefabricados de madera. Esta transacción figuraba también en el acuerdo firmado por el alcalde. Los vecinos protestaron contra el acuerdo firmando cientos de escritos de protesta dirigidos al Gobierno Civil de Zaragoza y a varios Ministerios en Madrid. En el pueblo se creó un clima de lucha entre la empresa, ayudada por el alcalde, y los vecinos. Recuerdo, por ejemplo, el estado de tensión que se vivía en el pueblo en los días en que el párroco de la Iglesia situada en el viejo poblado se negaba a salir de él antes de que se hubiera dado a los vecinos lo que les correspondía. Junto con otros párrocos de pueblos vecinos, el cura se encerró en la vieja casa parroquial no para mezclarse, como él mismo decía, en las negociaciones entre los vecinos y la empresa, sino «para defender la dignidad humana, que está en juego en este caso». Había también un clima de temor entre los vecinos, derivado de las sanciones y represalias impuestas por el Ayuntamiento a aquellos que se oponían a las pretensiones de la empresa o firmaban documentos de protesta. Ahora se celebrarán las elecciones para designar los concejales del tercio familiar que entonces fueron anuladas por la Audiencia Territorial al oponerse ésta al acuerdo de la Junta local del censo, que no aceptó las candidaturas de algunas personas que habían sido firmantes de los escritos con los que el pueblo se opuso al finiquito.

La decisión del ministro de Obras Públicas, al no reconocer la «alcaldata» de la Enher en Mequinenza, abre una nueva etapa en la historia de este atribulado pueblo. ■ L. C.